



THEODORE DALRYMPLE



UNA HISTORIA DE AMOR Y TERROR

Las noticias procedentes de Haití siempre son terribles; pero el que no haya noticias no implica que las cosas vayan bien, sino que la larga y lenta catástrofe en que consiste la historia haitiana simplemente sigue su curso normal. Tras el terremoto devastador que ha asolado el país, el pasado reciente parece casi una edad dorada.

Nadie que haya estado en Haití pierde nunca el interés por el país. Es uno de esos lugares que, por su historia, por su cultura y por los tormentos que ha sufrido atrapa la imaginación y nunca se olvida. Inspira a la vez terror y amor. El escritor estadounidense Herbert Gold resume perfectamente el país en el título del maravilloso libro en el que relata sus experiencias allí: *La mejor pesadilla de la Tierra*.

La opinión generalizada es que la devastación del terremoto no es la propia de un desastre natural, sino que se suma a la extrema pobreza que sufre el país. Las causas de esta pobreza son motivo de profunda controversia ideológica. Lo que está claro es que la razón de que tantos edificios se vinieran abajo ha sido su endeblez.

Que Haití era un desastre avanzando a cámara lenta era algo que se veía venir ya antes del seísmo. De hecho, resultaba obvio a una distancia de 35.000 pies. Cuando uno vuela de Santo Domingo a Puerto Príncipe, la frontera entre ambos países se ve tan clara como en un mapa: una línea recta en la superficie de la tierra que separa el verdor del lado dominicano del color marrón, desnudo como un desierto, de Haití. Es difícil de imaginar, pero hace años Haití era un país repleto de vegetación. Hoy el 98% de los árboles ha desaparecido, dejando colinas desiertas con barrancos por los que el agua de las lluvias baja torrencialmente arrastrando todo el suelo que queda.

Quizás esto explica por qué un tema frecuente de la pintura haitiana son los bosques exuberantes repletos de vegetación habitados por preciosos animales africanos y

pájaros exóticos. Debido a la herencia, los pintores se dejan llevar por las ensoñaciones, idealizan el pasado y se refugian en lo que Jung denominaría el subconsciente colectivo. Pero la respuesta de los escritores ha sido diferente. La creciente desesperación de Haití se refleja en su literatura del siglo XX. Atrás quedaron la sátira discreta, el refinamiento burgués y la elegancia de las obras de Fernand Hibbert; la situación actual exige una furia divina, una denuncia salvaje.

Un periodista nigeriano dijo una vez que "en Nigeria no funciona ningún sistema de gobierno conocido". Esto es aún más cierto en Haití. Suele decirse que la situación desesperada que atraviesa Haití es consecuencia de la injerencia extranjera (sobre todo de Estados Unidos, naturalmente) y de las continuas y a menudo estrambóticas dictaduras que han gobernado el país. Pero la República Dominicana, país vecino de Haití, ha sufrido padecimientos similares y, sin embargo, prospera. Además, las descripciones de Haití hechas tras la invasión estadounidense de 1915 dejan claro que el país se benefició mucho de la ocupación, a pesar de la humillación. Pero al igual que otras formas de ayuda externa, los beneficios generados por esta intervención fueron pasajeros y, en última instancia, infructuosos.

La ayuda internacional tampoco resuelve mucho. Se calcula que operan en Haití 10.000 organizaciones de voluntarios (una por cada 800 habitantes), pero el efecto general es mínimo, por muy bueno que sea el trabajo que haga cada ONG por separado. El resultado total es menor que la suma de sus partes.

Por supuesto, la ayuda humanitaria tras el terremoto es algo completamente diferente. Nadie puede quedarse impasible al ver las imágenes que llegan de Puerto Príncipe. Hay que hacer todo lo que se pueda. Pero dados los problemas que tanto han contribuido al desastre (las pésimas infraestructuras, la falta de Gobierno), será difícil proporcionar la ayuda de forma eficiente: los suministros se acumularán en lugares donde no son útiles y no llegarán a donde más se necesitan. Aunque el ejército haitiano era terrible y causó numerosas atrocidades, su disolución total y deliberada en 1994 podría constituir ahora un gran inconveniente, la indeseable consecuencia de una decisión bienintencionada.

Theodore Dalrymple, médico, trabaja en el City Journal y colabora en el Manhattan Institute.